

DEMONIACOS.

DISCURSO SEXTO.

§. I.

1 **E**L que lograrse hacer patentes al mundo, no digo todos, la mitad de los artificios, con que el hombre engaña al hombre, merecia (dexando aparte lo que toca al orden sobrenatural) con mas justicia, que quantos hubo de Adán acá, el glorioso titulo de bienhechor del Linage humano. Si el que descubrió una hierba saludable para alguna dolencia; si el que inventó, ó adelantó algun Arte util, son mirados como unos benéficos Astros, dignos, si no de la adoracion, del respeto de todo el Orbe; ¿ con cuánto mas derecho se constituiría acreedor à la universal aclamacion quien revelase al mundo, yá que no todos, una grande parte de los dolos, que turban, y hacen infelíz la humana sociedad? Con todo, si yo hallase alguno capáz de hacer al mundo tanto bien, y le viesse dispuesto à admitir mi consejo, le disuadiría de la empresa, si en ella miraba à su interés, ó gloria, y no unicamente al provecho comun. Diriale, que no recibiria otra recompensa à tanto beneficio, que injurias, ó persecuciones, y por tanto se abstudiese de llevar à execucion su glorioso proyecto, salvo si querria constituirse victima sacrificada à la pública utilidad.

2 La experiencia, y el discurso me han mostrado, que el que desengaña, no solo se malquista con el Engañador, mas tambien con el Engañado. ¡ Rara depravacion! pero comunisima. El Engañador siente que se le descubra la maraña, por el riesgo de malograr el intento; al

al Engañado duele, que se véa que cayó en error, y que no pudo conocerle sin el socorro de agena luz. Aquel se irrita de vér revelada su trampa; éste de vér conocida su rudeza. Lo que de aqui resulta es, que interesandose los dos, aquel en no incurrir la nota de tramposo, y éste en no perder la opinion de entendido, ambos conspiran contra el Desengañador, procurando persuadir, que él es el Engañado.

3 Natural es, que muchos, al leer lo que voy escribiendo, contemplen en la propuesta de estas generales maximas una reprehension indirecta de los que hasta ahora, yá por ignorancia, yá por malicia, han mordido mis Escritos. Pero en mi intencion solo es una precautoria disposicion del Lector para la materia de este Discurso. El desengaño, que en él voy à proponer, es importantisimo; y al mismo tiempo es un desengaño, que ha de doler à muchos: à unos por ser autores del engaño, à otros por haberle padecido; y estos segundos, asi por su numero, como por su carácter, son mucho mas de temer que los primeros.

§. II.

4 **T**ODOS los hombres de razon convendrán conmigo en que hay muchos Energumenos fingidos; y yo convengo con ellos, en que ciertamente hubo, y hay algunos verdaderos. El que los hubo en tiempo de Christo, y de los Apostoles, consta con certeza infalible del Evangelio; y el que los hubo despues acá, se infiere legitimamente de los Exorcismos, que la Iglesia tiene aprobados, para el intento de curarlos; siendo totalmente increíble, que recetase un remedio, el qual, por falta de la dolencia, nunca habia de tener uso. La experiencia, aunque no freqüente, tambien lo confirma. De una Energumena, que fue mucho tiempo exorcizada en nuestro Convento, y Santuario de Valvanera, tengo, aunque no la ví, pruebas tan concluyentes, por la multitud de testigos, dignos de toda fé, que no me han de-

xado la menor duda de que la posesion era verdadera. Es prueba tambien, que constituye certeza moral de lo mismo, la que se toma de Historias bien autorizadas de algunos Santos, que curaron à varios Energumenos. Asi en esta materia, solo sobre el *tanto mas quanto* puede haber question; y en orden al *tanto mas quanto* se pueden reducir à tres todos los modos de opinar.

5 El Vulgo (en cuya clase comprehendo una gran multitud de Sacerdotes indiscretos) casi generalmente aceta por verdaderos Energumenos quantos hacen la representacion de tales. Los hombres de mas advertencia reconocen, que son muchos los fingidos; pero quedando en la persuasion de que no son muy pocos los verdaderos. Pero mi sentir es, que el numero de estos es tan estrecho, tan limitado, que apenas, por lo comun, entre quinientos, que hacen papel de Energumenos, se hallarán veinte, ò treinta, que verdaderamente lo sean.

6 Dixe, y repito, que el desengaño sobre este asunto es de gravissima importancia. A muchos, ò à los mas, y aun à casi todos, no se propondrá otro inconveniente en el error de admitir por verdaderos Energumenos à todos los que fingien serlo, sino los que hay en la tolerancia de una gente ociosa, y vagabunda, que ocupa inutilmente à algunos Sacerdotes, usurpa limosnas mal empleadas, y turba con vanos terrores à domesticos, y vecinos. Y verdaderamente estos, por sí solos, ministran sufficientisimo motivo para velar sobre estos embusteros, apurar, y castigar la impostura. Pero yo à otro perjuicio, superior à todos estos, levanto la mira.

7 Considerese, que un Energumeno fingido, el qual pueruade al Pueblo, que realmente lo es, es un sugeto, que sin riesgo suyo goza una amplissima libertad para cometer quantos delitos le dicte su antojo. Puede matar, quitar honras, cometer hurtos, incendiar Pueblos, y mieses; en fin, arrojarse à quantas violencias quisiere, indemne de que por ello le toquen en el pelo de la ropa, porque para todo vá cubierto con la imaginacion
de

de que el Diablo lo hizo todo, sirviendose, como de instrumento involuntario, de aquella mísera criatura. ¿Puede haber especie de gente mas perniciosa en el Mundo? En verdad, que ni los Principes Soberanos pueden arrogarse tanta libertad, sin gran peligro suyo; pues lo mas, y aun casi todos los que quisieron tomarsela, perdieron por ello, no solo la Corona, pero la vida.

8 Yo no sé si à la sombra de este error se padecen muchos insultos; pero sí, que prudentisimamente deben temerse; porque ¿qué gente mas capáz de cometerlos, que unos embusteros de por vida, que tienen la desvergonzada osadía de fingirse poseídos del Demonio? Sé tambien, que por lo menos la insolencia de vulnerar las honras, urdiendo testimonios falsos, es bastantemente freqüente en ellos. Esta es la venganza, que ordinariamente toman de quien les hace algun disgusto. Como que habla el Demonio en ellos, revelando algun delito oculto de esta, ò aquella persona, asuelan su opinion con una ignominiosa falsedad. Y no es bastante precaucion contra el daño, el que todos digan, y sepan, que no se debe creer al Demonio, porque es padre de la mentira. Esto no le quita ni aun la mitad de la fuerza al embuste. La maxima de Machiabelo, *calumniare, semper aliquid hæret*, por ser impia en lo que aconseja, no dexa de ser verdadera en lo que enuncia. He visto repetidas veces, que todos los cuerdos temen à un embustero maligno, reconocido en todo el Pueblo por tal. Le temen, y huyen cuidadosamente de tener con él el menor encuentro, ò darle el mas leve disgusto. ¿Por qué sería este temor, si en caso de morderlos aquel malvado con diente iniquo, no habia de hallar asenso alguno en el Pueblo? Es, pues, cierto, que la calumnia, aun saliendo de la lengua mas infame, siempre dexa un tantico de mala impresion en quien la oye: *Semper aliquid hæret*; y en los necios, y mal inclinados, casi logra toda la aceptación, que se debe à la verdad mas pura. El virtuoso, quando oye al calumniador, se inclina à
que

que miente; pero quedando con algun rezelo de que acaso dirá verdad. El de mala inclinacion, complace al propio genio, creyendo que en efecto la dice.

9 Esto mismo pasa, quando un Energumeno, creyendo tal, infama à alguno. El Demonio, dicen hácia sí los que le oyen, miente mucho; pero no está imposibilitado à decir algunas, y aun muchas verdades, quando con ellas puede dañar à los hombres. Nunca hace acto de verdadera virtud; pero revelar un pecado oculto verdadero, es accion iniqua, y muy conforme à una malignidad diabolica. Aquí paran los discretos. Los rudos, y aviesos pasan mucho mas adelante; y poco les falta para parecerse à los Gentiles en escuchar al Demonio como Oraculo, quando lo que articula, ò juzgan que articula el Espiritu maligno, lisonjéa su torcida intencion.

10 Y notese la gran diferencia que hay en orden à la posibilidad de precaver, ò remediar el daño entre la calumnia, que se cree viene del Demonio, y la que tiene por autor à otro hombre. A este se le puede convencer de la impostura; porque si es delito totalmente oculto el que manifiesta, se le pregunta, cómo lo sabe; si no lo es, se le piden testigos. Contra el Demonio no hay argumento que valga; porque se supone, que sabe quanto esconden los mas apartados rincones, y quanto cubren las mas espesas tinieblas.

11 No solo por el motivo de venganza suelen los fingidos Energumenos dañar la honra de los proximos, como que descubren faltas secretas; mas tambien por autorizar su proprio embuste. Revelar una cosa oculta, que no se pudo saber por los medios ordinarios, es calificar, que es Demonio quien la alcanza, y quien la dice. Y el Vulgo en esta superficial contemplacion pára, sin pasar à hacer la reflexion de que aunque aquella cosa oculta, en caso de ser verdadera, solo el Demonio puede saberla, pero qualquier hombre puede fingirla.

12 **Q**Uando no se siguiera, pues, otro inconveniente de la tolerancia de los fingidos Energumenos, mas que el expresado peligro de las honras, sobra este para aplicar el mas vigilante cuidado à descubrir, y castigar la impostura. ¿Quánto mas, siendo el riesgo, como hemos ponderado arriba, general para todo genero de crímenes?

13 ¿Pero cómo se ha de proceder en esta materia? Breve, y claramente lo digo. No se debe admitir por verdadero Energumeno, sino à quien diere claras señas de serlo. ¿Y qué llamo señas claras? No otras, que las que el Ritual Romano propone como tales: *Hablar idioma ignoto con muchas palabras, ò entender al que le habla: manifestar cosas ocultas, y distantes: mostrar fuerzas superiores à las naturales, y otras cosas de este genero.*

14 Pareceme, que me pongo en la razon. ¿Que mas pueden pedirme? ¿Que crea, que una mugercilla es endemoniada, porque hace quatro gestos desusados, porque grita en la Iglesia al elevar la Sagrada Hostia? ¿Porque responde à *quomodo vocaris?* ¿Porque entiende la voz *descende?* ¿Porque levanta las manos al decirle: *Leva manus*; y así responde, ò corresponde à otras tres, ò quatro preguntas, ò clausulas Latinas, vulgarizadas entre los Exorcistas? ¿Porque articula uno, ò otro Latinajo chabacano, y eso apenas sin algun solecismo? Eso, à lo que yo entiendo, es lo mismo que pedirme, que sea un pobre mentecato. ¿Qué fatuidad mayor, que asentir à la asistencia, ò influxo de un Espiritu superior en inteligencia, y actividad à todo hombre, infiriendola precisamente de acciones, ò palabras, de que es capaz la muger mas ruda?

15 No pienso, que hombre alguno de mediano, y aun de infimo entendimiento, me contradiga lo dicho. Pero el caso es, que aun no hemos allanado la dificultad con esto. Es así, me dirán, que los gestos, y Lati-

najos, de que hemos hablado, no arguyen posesion; y asi los sugetos, que no hicieron mas que eso, no deben creerse Energumenos. Pero oímos de muchos, ò muchas, que sin haber precedido enseñanza alguna, hablan Latin en qualquiera materia con gran despejo, y propiedad. Yo confieso que lo oímos; pero niego que lo vemos. Oílo de algunas, à quienes pude examinar, y de hecho examiné. Pero nunca correspondió el hecho à la noticia. Hablemos con christiano desengaño. Los mismos Exorcistas, como he visto varias veces, son por lo comun los autores de esta, y otras patrañas. Unos Cleriguillos, que no tienen otra cosa de que hacer vanidad, sino de la gracia de Conjuradores, son los que ordinariamente imponen al Público, diciendo, que à esta, ò aquella, à quien exorcizan, oyen hablar mil veces Latin muy elegante, y aun Griego, y Hebreo, si los apuran; y que mil veces, llamandolas con el exorcismo en voz sumisa desde su aposento, y estando ellas muy distantes, la fuerza de su imperio las atraxo sin dilacion à su presencia. Resueltamente lo digo. Si se ha de creer à todos los Exorcistas, inutilmente me canso. ¿Mas por qué no se ha de creer? Porque freqüentemente se hallan mal fundadas sus testificaciones. Aun prescindiendo de esta experiencia, basta ser testigos en causa propria. Casi todos los que se aplican con alguna particularidad à conjurar, se interesan en algun modo en persuadir, que son verdaderos Energumenos aquellos à quienes exorcizan. Con esto representan al Público utilissima su ocupacion, hacen mas respetable, y acaso tambien mas lucroso, el ministerio. En caso que no intervenga el incentivo de la codicia, subsiste el de la vanidad. No pocos Sacerdotes, desnudos de todas aquellas buenas dotes, que se concilian el afecto, y la veneracion, se hacen espectables, y respetables à los Pueblos con la opinion de buenos Conjuradores. ¿Qué han de hacer estos, sino contar diabluras exquisitas de sus conjurados, ò conjuradas?

Y

16 Y es bien notar aqui, que rarissima vez se vé (yo nunca lo ví) que algun sugeto, ni Regular, ni Secular, de aquellos que son venerados en los Pueblos por su virtud, y doctrina, se apliquen habitualmente al exercicio de exorcizar. ¿De qué depende esto? ¿No es una obra piadosissima, y santissima libertar al proximo del pesado yugo de un espiritu maligno? ¿Quién lo duda? ¿No exercerán con mas acierto este sagrado ministerio unos hombres, que juntan à una conocida virtud una sobresaliente doctrina, que unos Presbyteros, y Idiotas, cuya libreria se compone unicamente de Larraga, y de dos, ò tres libros de Exorcismos? Es constante. ¿Pues cómo aquellos abandonan à estos la ocupacion de exorcizar? Discurra el Lector la causa, y la hallará mas facilmente, haciendo reflexion sobre lo que ahora voy à referirle. Poco antes que yo recibiese el santo Habito, murió en cierto Convento de mi Tierra un Religioso, el qual en su mocedad se habia dado mucho al exercicio de exorcizar. No era entonces su modo de vivir el mas regular del Mundo. Sucedió, que à los quarenta años de edad, ò poco mas, le mudó tanto la Divina Gracia, que de allí adelante fue su vida exemplarissima, y un dechado grande de todo genero de virtudes, en tanto grado, que à testigos de vista oí, que Dios en su muerte habia obrado un prodigio, derechamente ordenado à calificar qué agradable le era aquel siervo suyo. Notése ahora esta circunstancia, de la qual tengo entera certeza, adquirida por haberla oído à muchos sugetos, que le conocieron, y trataron: que desde que abrazó este perfecto modo de vivir, jamás, aunque se lo rogaron muchas veces, quiso exorcizar à ningun Energumeno. Vuelvo à decir, que discurra el Lector la causa. Despues de todo, supuesto el caso, que alguno, ò algunos sugetos de notoria virtud, y discrecion se apliquen al ministerio de exorcizar, debe ser respetada su testificacion.

17 **P**OR lo que mira à hablar con titulo de posesion la lengua Latina, y otras no estudiadas, se presentaron el siglo pasado dos famosas Comedias en el gran Theatro de la Francia.

18 La primera tuvo por autora, y por asunto à una muchacha, llamada Marta Brosier, hija de un Texedor de Romorantin. Esta, ù debiendolo todo à su habilidad, ò teniendo parte en ello la instruccion de su padre, empezó à hacer con alguna destreza el papel de Poseida, en que lo principal eran varias contorsiones estrañas del cuerpo, capaces de persuadir al Vulgo, que no podian venir de causa natural. Pareciendole al padre, que la ficcion de la hija le podia ser mas util, que la asistencia al telar, se determinó à salir à varios Lugares con ella; y à los primeros pasos se vió congregarse en gruesas tropas la gente à mirar, y admirar el prodigio. Pero habiendo pasado à Angres, y despues à Orleans, en uno, y otro Lugar fue descubierta la impostura con el medio de leerle versos de Virgilio, como que era un Exorcismo efficacissimo; aplicarle no sé qué cachibache, como que era un fragmento de la Sagrada Cruz; rociarla con agua comun, significandole que era bendita, y darla à beber la bendita, como que era agua comun; en cuyos lazos cayó miserablemente la pobre Marta, haciendo mil contorsiones, y dando horrendos gritos al leerle los versos de Virgilio, al aplicarle aquellas cosas, que nada tenían de sagradas, y bebiendo con gran serenidad la agua bendita. Sobre este desengaño la arrojaron de aquellos Lugares con severas comminaciones, para que volviese à su Patria, y desistiese del enbuste. Mas no por eso cayeron de animo su padre, y ella; antes resolvieron probar fortuna en mayor Theatro. Dieron, pues, consigo en París, donde en tanta multitud de Ecclesiasticos, fue facil hallar algunos poco advertidos, que creyeron Demoníaca à Marta. Estendióse por toda la Ciudad

dad el rumor, y tuvo la fingida posesion, como suele suceder, todo el Vulgo de su parte. Habiendo hecho el caso tanto ruido, contempló el Obispo de París Enrico de Gondi, ser de su obligacion apurar la verdad. Cometiò el examen à cinco Medicos, los mas famosos de aquella gran Ciudad, los quales unanime, y positivamente respondieron, que en Marta *nada habia de diabolico, sino mucho de fraude, y algo de dolencia*. Es de advertir, que antes del examen de los Medicos era voz corriente en toda la Ciudad, que esta mugercilla entendia, y hablaba las Lenguas Latina, y Griega, y aun la Hebrea, Chaldea, y Arabiga. Pero los Medicos hallaron, y depusieron, que solo entendia la Lengua Patria. Ni por esto el Vulgo se desengañó, continuando tal qual Exorcista en fomentar el error del Vulgo. Sucedió en esto una cosa graciosa. Estando conjurandola uno de los mas empeñados en persuadir, que era verdadera posesion, se hallaba presente uno de los cinco Medicos, llamado Marescot. Ella volteaba los ojos, sacaba la lengua, temblaba con todos sus miembros, repetia sus estudiadas convulsiones; y al llegar à aquellas palabras: *Et homo factus est*, con saltos muy desordenados se transportó del Altar à la puerta de la Iglesia. Entonces el Exorcista, como si dentro de aquella muger clarisimamente viese enfurecido todo el Infierno, dixo, insultando confiadamente à los que no creían la patraña: *Veamos si se atreven à meterse con ella ahora, y arriesgar su vida en el empeño los que dicen, que aqui no hay Diabolo alguno*. No bien lo hubo dicho, quando el Medico Marescot, aceptando el desafio, se tiró à la pobre Marta, y apretandola fuertemente la garganta, la mandó se quietase. Fuele preciso à la miserable obedecer. Pero recurrió luego al ordinario efugio, de que entonces la habia dexado el Espiritu maligno. Confirmabalo el Exorcista; y Marescot, con ironico gracejo, consentia en ello; pero añadia, que él habia echado el Espiritu maligno, no el Exorcista. En otra ocasion tres de los cinco Medicos

del examen la hicieron aquietar en el mayor fuero de sus diabluras, sin mas exorcismos, que la fuerza de sus puños. Debe advertirse (porque nada disimulemos) que al otro día del examen de los Medicos, dos de ellos empezaron à titubear, y aun uno parece llegó à consentir en la posesion; el otro solo decia que se debía hacer mas exacta inquisicion (a).

19. Porque la experimentada ignorancia de las Lenguas Latina, y Griega, era uno de los mas fuertes argumentos de la suposicion, como quiera, se reparó poco despues esta brecha, respondiendole Marta à ciertas preguntillas, que le hizo un Exorcista en Griego, y à otras, que le hizo en Inglés un Eclesiastico de aquella Nacion. Esto para el Vulgo era una prueba concluyente; mas à los hombres de alguna reflexion no hizo fuerza alguna: porque siendo los mismos Exorcistas los que hacian las preguntas, ¿qué cosa mas facil, que imponerla antes en lo que habia de reponder? ¿Pongo por exemplo, à la primera pregunta esto, à la segunda aquello, à la tercera estotro? El que preguntó en Griego, y el que en Inglés, tenian cierta estrecha alianza con los Exorcistas, que nadie ignoraba. Veniase à los ojos el reparo, de que solo entendiese idiomas peregrinos, despues que los Exorcistas se vieron apretados con el argumento.

(a) Monsieur de Segrais, en sus Memorias Anecdotes, refiere del famoso Principe de Condé un chisté de la misma clase de los que estampamos en este numero. Estando en Borgofia con uno, que tenia fama de poseído, usó el artificio de aplicarle un Relox de faltriquera encubierto, como que era una insigne reliquia, con cuya persuasion prorumpió el fingido-Endemoniado en deseompasados gritos, y movimientos. Mostróle luego el Principe el Relox, insultandole. El Energumeno, ò aturdido con la burla, ò por vengarse de él, ò pareciendole acaso, que así estableceria el bacilante credito de su Diablura, hizo ademán de arrojarse con furor sobre el Principe; mas éste, enarbolando el baston, que tenia en la mano, le dixo con gracia: *Monsieur Diabolo, tratad de aquietaros, porque si no, yo os haré estár quieto à fuerza de bastonazos.* Aquietóse el pobre Diabolo fingido. ¿Qué otro remedio tenia?

mento de la ignorancia de ellos. ¿Por qué no antes? Si quando se hizo esta favorable experiencia, no habia entre los asistentes quien entendiese el Griego, ni el Inglés, sino los mismos que exorcizaban, podrian con seguridad atestiguar, que respondia al caso qualesquiera voces que articulase.

20. Entre estos debates llegó la cosa à tal estrépito, que se consideró digna de la atencion del Parlamento, de cuyo orden se entregó à dos Ministros de Justicia, que la tuvieron en custodia quarenta dias, y en este tiempo la examinaron otros muchos Medicos doctos, los quales unánimemente declararon, que no habia en Marta cosa alguna superior à sus fuerzas, ò capacidad natural. La resulta fue mandar el Parlamento al padre de ella la retirase à su Lugar, ordenandole debaxo de pena corporal no la dexase salir jamás. Con esta providencia estaba yá enteramente calmado el disturbio, quando se suscitó nueva revolucion por otro lado. Entre los engañados por Marta Brosier habia un Abate imprudente, y temerario, à quien se puso en la cabeza llevar el negocio à Roma. En efecto, conduxo à Marta con su padre à aquella Capital del Orbe Christiano, y algo dió en que entender en ella antes de descubrir la impostura. Mas al fin se descubrió, y la Comedia se convirtió en Tragedia; porque el Abate, corrido, murió de pesadumbre; y Marta, y su padre, abandonados, y escarnecidos de todo el mundo, pararon en los Hospitales.

§. V.

21. **L**A segunda Comedia del mismo genero, que hubo en Francia, y hizo tanto, y aun mas ruido que la pasada, fue representada por algunas Monjas de un Convento de Loudun, de cuyo suceso dimos alguna noticia en el Tomo IV, Disc. VIII. num. 96. y 97. Allí diximos, como los Exorcistas destinados à la sanacion de aquellas Religiosas, fueron escogidos, y enviados

dos de la Corte por el Cardenal de Richelieu, de quien presumieron algunos estaba algo empeñado en persuadir al mundo, que la posesion de las Religiosas era verdadera, para que el crimen del maleficio recayese sobre Urbano Grandier, Cura, y Canonigo de Loudun, contra quien el Cardenal estaba muy irritado. De dichos Exorcistas salió la voz de que las Monjas hablaban Latin, y aun otros idiomas estrañisimos. Por lo que mira al Latin, el poco que se las oyó estaba lleno de solecismos. Pongo por exemplo. Conjurando à la Superiora, la mandó el Exorcista, que adorase la Sagrada Hostia, con estas voces: *Adora Deum tuum*; à que ella correspondió con estas: *Adorate*. Pero porque, segun las circunstancias, el pronombre *te* mas parecia relativo al mismo Exorcista, que à Dios Sacramentado, le preguntó: *Quem adoras?* Y ella respondió: *Iesus Christus*. Aunque esta mala Gramatica se vertió à vista, y conocimiento de mucha gente; no quitó que los Exorcistas, y enemigos de Grandier llevasen adelante su empeño; y no contentos con que las Monjas hablasen Latin, publicaron, que habian respondido en el peregrino idioma de los Topinambas, gente de la America Meridional, à Monsieur de Launay Razilli, que por haber estado mucho tiempo en el País de los Topinambas, entendia su Lengua, y habia, para prueba del Diablismo, hablado à las Monjas en ella. Pero dado que Monsieur de Launay lo testificase (lo que es dudoso), no estaba la cosa en estado de que la deposicion de un testigo solo bastase para el asenso; especialmente siendo tan facil, que este testigo cometiese una supercheria, juzgando complacer con ella al Cardenal, que era entonces dueño absoluto del Reyno, y del Rey. Asi, sin embargo de todos los artificios de los coligados contra Grandier, y no obstante la sentencia fulminada, y executada en este pobre Eclesiastico, algunos Autores Franceses quedaron en la persuasion de que la posesion de las Monjas de Loudun solo habia sido aparente; bien que no podia proferirse este dictamen, segun leí en al-

gun Autor, sin gran riesgo, mientras vivió el Cardenal (a).

22 En los Escritos de Monsieur de Monconis, que salieron à luz, quando yá no habia motivo para temer à Richelieu, muerto muchos años antes, se halla una gran confirmacion de la fraudulencia, con que en todo procedieron las imaginadas poseídas. Este Caballero, tan famoso por su curiosidad, como por su literatura, quiso reconocer por sí mismo una prodigiosa seña, que

F 4

era

(a) Poco ha se añadieron à mi Libreria, en once Tomos, las *Causas Célebres*, escritas por Gayot de Pitaval, Abogado del Parlamento de París. En el segundo Tomo trata este discreto Autor difusamente de la Causa de Urbano Grandier, y famosa posesion de las Monjas de Loudun, sin poner, ni dexar yá la menor duda, en que aquella posesion fue fingida, como tambien la Magia de Grandier; todo fraguado por los enemigos de aquel pobre Eclesiastico, y fomentado por la politica diabolica de varios sugetos, que autorizaron la calumnia, por conciliarse la gracia de un Ministro alto, furiosamente dominado de una pasion vengativa. Como este suceso, por su especie, y circunstancias, hizo tanto ruido en el mundo, creo no será ingrato al Lector añadir aqui, sirviendome de las noticias, que me ministra el Autor alegado, algunas particularidades, por via de Suplemento, y en parte Correccion de lo que hemos apuntado de esta Historia, asi en el lugar, que vamos adicionando, como en el Tomo IV, Discurso VIII, num. 96.

3 Fue Urbano Grandier dotado de las prendas, que en el lugar citado expresamos; pero de vida sumamente desreglada en el capitulo de incontinencia, abusando iniquamente de su bella presencia, y ventajosa facundia, para la seduccion de muchas mugeres, tanto doncellas, como casadas, entre las quales una fue concubina suya permanente por espacio de siete años. Dixose, que dentro de la propia Iglesia, de que era Parroco, habia exercido su detestable lascivia con una casada no plebeya. Hizose cierto, que escribió un Tratado contra el Celibato de los Sacerdotes, dedicandole à una de las de su impudico comercio. Tenia tambien los vicios de sobervio, implacable enemigo de los que le habian ofendido, inflexible en sus empeños, duro en la manutencion de sus intereses, y prerrogativas. Su incontinencia por una parte, y por otra la fiereza de su genio, le suscitaron muchos enemigos. Discurrióse, que cooperaba tambien al odio de algunos la envidia de sus prendas.

Di